

REVISTA LITERARIA

DE

EL ESPAÑOL,

PERIODICO DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 8

LUNES 21 DE JULIO DE 1845.

ESTADO DE LA IGLESIA EN INGLATERRA.

SECTAS DISIDENTES.

HISTORIA DEL PUSEISMO.

ARTÍCULO II.

Reseña de la Iglesia desde el establecimiento del cristianismo hasta 1845.

En nuestro anterior artículo trazamos el cuadro del estado de la iglesia anglicana, y de su historia y desarrollo desde el paganismo hasta el cristianismo, y desde éste hasta la reforma. Desde la época de este acontecimiento hasta hoy, incluyendo las sectas infinitas de los tiempos de Cromwell, las escisiones de la iglesia han sido constantes y numerosas. Verdad es, que mucho antes hubo hombres que habían empezado á pensar; pero el peligro les imponía silencio. Habían abrigado opiniones tan atrevidas como generosas, pero no se habían atrevido á darles expresión. La tormenta de la reforma pasó por encima de ellos, y les dió libertad y estímulo para hablar, y hablar en alta voz, aunque al principio solo se alzaban sus voces en defensa de sus doctrinas peculiares, no para atacar las que profesaban otros. Bajo el mando severo de los príncipes de la casa de Tudor, esto era lo mas que se atrevían á hacer los disidentes de Inglaterra; mas no estaba distante la época en que les iba á ser permitido, no solo defender su nueva creencia, sino atacar encarnizadamente las de todos los demas, y con especialidad la fuente de donde todas salían, la iglesia madre de Roma. La Reina Isabel, igualmente severa contra toda clase de disidentes, obligó á los mas ardientes de ellos á llevar sus opiniones y sus principios de igualdad á América, medida que aunque muy política por entonces, estaba destinada á ser fatal á sus sucesores, extendiendo en las regiones recién descubiertas del nuevo mundo ideas de libertad é independencia que no echaban raíz en Europa. Ella preparó el desarrollo de ese árbol gigantesco, cuyas ramas convertidas luego en instrumentos de destruccion, cortaron para siempre los lazos del deber y de la fidelidad hacia la madre patria.

Su sucesor James, educado en Escocia, y acostumbrado desde su niñez á contemplar la lucha en favor de la libertad religiosa, era demasiado prudente ó demasiado tímido para declarar una

guerra inútil á las creencias. Mientras vivió, los disidentes disfrutaron de seguridad; ni quiso permitir que Laud los atacase con su doctrina de conformidad. Sus opiniones, por consiguiente, fueron ganando terreno; y aunque lo hacían sin ruido, tuvieron un éxito tan extraordinario en la conversion de los que no pensaban como ellos, que cuando Carlos I subió al trono de la Gran Bretaña, había en Inglaterra casi tantas religiones como las que existen hoy. Pronto sin embargo hallaron estas un severo opositor en el arzobispo Laud, el célebre primado de Inglaterra; y como las reformas que introdujo y los cambios que adaptó, y por los cuales perdió la vida, son exactamente el Puseismo de nuestros dias, nos estenderemos algo mas en el exámen de sus principios.

Guillermo Laud era un sacerdote que pertenecía á lo que en Inglaterra se llama la "alta iglesia," es decir, la que se acerca á la Católica lo mas posible sin entrar completamente en su seno; ó quizás se podrá explicar mejor su carácter llamándola Luteranismo con la omision de la misa. Como estas eran las opiniones del rey Carlos I, Laud no tardó mucho en ser su favorito, y después arzobispo y ministro. Carlos I era un verdadero protestante; no se inclinaba en lo mas mínimo á la iglesia Católica; pero prefería la creencia aristocrática que enseñaba el derecho divino de los reyes, que se cubría de soberbias y magníficas vestimentas, y tenía en su culto solemnes y pomposas ceremonias. Laud se aprovechó de esta inclinacion del rey para adelantar sus propios planes, todos los que tendían al engrandecimiento de la iglesia anglicana y de sus ministros, y á la introduccion en su servicio de multitud de principios y formas del catolicismo. Muchos han creído que Laud trataba de restablecer completamente la antigua fe, y en su tiempo se le acusó públicamente de "papismo," y de un deseo ambicioso de conseguir un cardenato. Esta acusacion no es convincente, porque es difícil adivinar cuáles eran sus verdaderas intenciones; pero nosotros creemos que, lejos de aspirar á reconocer la supremacía de Roma, su objeto era elevar al nivel de ésta la iglesia anglicana, hacerla enteramente independiente, y convertirse él mismo en una especie de papa que no reconociese superior alguno. Sus principios religiosos se parecían mucho

á los de los puseistas de nuestro tiempo. No adoptaba el *gran dogma* de la transubstanciación, pero admitía la presencia real de Jesucristo mezclada con los elementos de pan y vino. Insistía en la necesidad de la confesión antes de la absolución, recomendaba que se orase por los difuntos, y por tanto admitía la doctrina del purgatorio. Permitía el uso de pinturas é imágenes en la iglesia, y decía que la invocación de los santos era una costumbre piadosa y útil. Sostenía la institución divina de los obispos, y les concedía un poder institucional. Reconocía que Roma era la iglesia madre, aunque mancillada con algunas impurezas, que nunca definió con claridad.

Esta doctrina de la "alta iglesia," como la llamaban, se acercaba á la Católica tanto cuanto podía hacerlo sin renunciar á su propia independencia, y por tanto alarmó á todos los disidentes, que consideraban esto como el primer paso dado para volver completamente al seno de la iglesia de Roma. Los sectarios en esta época, eran numerosos, y aunque separadamente se estaban siempre atacando unos á otros, se apresuraron á unirse contra Roma, á la primera señal de alarma; y considerando á la iglesia anglicana como lastimada por las innovaciones de Laud, no dirigieron sus primeros ataques contra ella, sino contra la persona de su primado. Laud no hizo esfuerzo alguno para calmar esta naciente indignación, sino que al contrario dió nuevos combustibles á las llamas: pues no satisfecho con haber hecho reformas en Inglaterra, donde tenía una amplia y poderosa jurisdicción, trató de forzar á la iglesia presbiteriana de Escocia, iglesia en que no tenía la mas mínima autoridad, á que las aceptase. La Escocia, en la época de la reforma, había abrazado apasionadamente las opiniones de Calvino, y los repetidos esfuerzos de Laud para obligar á sus sectarios á unirse á la iglesia anglicana, suscitó su indignación é indujo á sus habitantes á unirse á los demás sectarios contra el papismo, y á acusar abiertamente al arzobispo de traición á la iglesia y al Estado.

Pero con esta acusación hacian al primado una injusticia manifiesta. Muchos escritores de su misma época han manifestado que sus intenciones eran levantar á la iglesia sobre el pueblo y las leyes; revestir al clero con un carácter divino, y á sí mismo con un poder pontifical, tan independiente del rey de Inglaterra como del papa de Roma; ensalzar la jurisdicción espiritual sobre todas las otras, aun en las causas civiles, y conseguir por estos medios que todos los que tuviesen el carácter sacerdotal no fuesen juzgados, por grandes que fuesen sus crímenes, por nadie mas que por su misma corporación. Pero en todo esto nada habia que indicase por su parte el deseo de someterse á la iglesia de Roma y aceptar sus creencias.

No ha habido época menos oportuna para la expresion de estas opiniones que la del reinado de Carlos I. La cuestión religiosa se agitaba y fer-

mentaba en la opinión pública; los presbiterianos de Inglaterra, eficazmente sostenidos por los de Escocia, adelantaban terreno todos los días; y los severos independientes habian ya echado mano á las espadas. La tormenta estaba aun distante, cuando la imprudente é inoportuna severidad de Laud la atrajo hácia su propia cabeza y apresuró la llegada de la convulsion. No satisfecho con que el clero inglés hubiese admitido sus reformas, mandó que todos los sectarios adoptasen la liturgia, y al negarse ellos instantánea y resueltamente, persiguió á sus gefes y á los ministros de su culto con inflexible crueldad. Esta conducta injusta y arbitraria, alejó del primado las clases medias y las bajas. La aristocracia lo sostenia aun, pero en poco tiempo su ambicion insaciable lo privó de este apoyo. Los nobles no habian sentido verle revestirse de los mas altos honores de la iglesia; y aun lo ayudaron para que los conservase, persuadidos de que su gratitud y su orgullo lo impulsarian á ser constante amigo y poderoso protector de sus hijos menores. Mas no se hallaban inclinados á permitirle que hiciese el papel de Wolsey; y así, en cuanto lo vieron, dueño de la confianza del rey, declararse primer ministro y dar todos los empleos ministeriales al clero, condenaron abiertamente su insólente ambicion, y se reunieron á sus demás enemigos. Los nobles de la corte se habian considerado hasta entonces con tanto derecho á los empleos del gabinete como lo tenían á los del ejército, y cuando vieron que se hacia ministro de hacienda al obispo de Londres, comprendieron fácilmente que intentaba privarlos de toda participación en el poder, y estorbar que ninguno de su cuerpo lograse hacerse escuchar por el monarca. Este descubrimiento los irritó de un modo extraordinario. Muchos de ellos hicieron en el acto causa comun con el parlamento; y se unieron para atacar al rey y á sus ministros. Es increíble la ceguedad que el orgullo inspiraba al arzobispo; pero es cierto que estos terribles síntomas no pudieron intimidarlo. Persistió en su sistema de conseguir por fuerza la conformidad con la "alta iglesia," anglicana; y castigó con cruel y repugnante severidad á varios miembros de la cámara de los comunes por haber escrito contra la gerarquía de la iglesia. Esto encendió mas y mas la llama. El clamor contra el primado y sus obispos fue tan general y tan fuerte, que Laud se vió en la necesidad de leer públicamente un largo discurso en la famosa *Cámara Estrellada*, en que se sinceraba á sí mismo y á su clero de la intencion que se les atribuía de querer introducir la creencia católica romana. Desgraciadamente para él y para su rey, no quiso percibir el ruido de la tormenta que se aproximaba, y perseveró y consiguió el objeto á que tan ardientemente aspiraba: obligó á los escoceses á adoptar la liturgia inglesa, y puso tales trabas á la prensa de ambos países, que él y sus obispos llegaron á ser señores absolutos, no solamente de las personas de los ingle-

sés, sino hasta de sus pensamientos. Desapareció por algun tiempo toda independencia de opinión: y Laud, siendo inglés y hombre del pueblo, tuvo la debilidad de creer que porque por un instante el asombro y la indignación habían impuesto silencio á los hombres, había él logrado la victoria. Esta ignorancia del carácter de sus compatriotas fue la causa de su ruina. Era un buen teólogo, pero mal político. Llevó adelante con violencia sus planes arbitrarios, hasta que despertando la nación, no quiso sufrir mas; y atacando al coloso, lo echó al suelo. Los que él en su altiva seguridad había llamado *la infame plebe*, sostenidos por los miembros ultrajados de la cámara baja, se levantaron en su inmenso poder, lo acusaron en su venganza ante la cámara de los comunes, y lo encerraron en la Torre. Juzgado por el crimen de alta traición contra el Estado, murió en ese mismo cadalso, donde poco tiempo después, para dolor eterno de todo inglés honrado, condujeron á su rey; triste desenlace á que tanto había contribuido Laud con su errada política!

Pasaremos sin muchas observaciones las mudanzas que siguieron á la muerte de Carlos I, hasta la proclamación de la "libertad de conciencia", por esos disidentes cuyas espadas habían derribado el trono y el altar nacional. Esta libertad de conciencia, tan celebrada por los presbiterianos, no era en realidad libertad mas que para ellos y los que, como ellos, se habían separado de la iglesia anglicana. Para el católico y el protestante esta libertad era una burla ó un lazo engañoso. El primero con la práctica de su religion incurria en la pena de muerte; el segundo en la de confiscación y destierro. Cromwell, que era independiente, no quería á los presbiterianos; pero habían prestado auxilios á su autoridad, como los demás sectarios, contra la iglesia anglicana. Estas dos grandes sectas, los presbiterianos y los independientes, se habían abierto paso para salir al poder con la espada en una mano y la biblia en la otra. Como por el decreto de libertad de conciencia podia cada cual interpretar á su modo las escrituras, nacieron como era natural, de estas dos sectas primitivas, infinitas otras de toda especie; y todas, no satisfechas ya con que se les permitiese defender sus opiniones, empezaron á atacar con la mas amarga acrimonia las creencias de sus rivales. Signieron disputando y fermentando durante los reinados siguientes, hasta que la tentativa de James II para volver á establecer la iglesia católica, las volvió á unir á todas. Juntáronse á la sombra de la iglesia anglicana; restablecieron su autoridad y expulsaron al rey. Cuando los reinados de Guillermo III y su sucesora Ana hubieron restablecido la iglesia anglicana, los sectarios se volvieron á separar de ella, y unos de otros, y otra vez volvieron á levantar la voz en continuas y amargas reyertas. Los reyes posteriores, manifestando siempre indulgencia á los disidentes, y reservando toda su severidad para los católicos, aumentaron estas divisiones; y en nues-

tros tiempos podemos contar en Inglaterra de cuarenta á cincuenta sectas cristianas, cada una de las cuales profesa una religion diferente, separadas ó independientes de la iglesia establecida en Inglaterra. En el momento en que escribimos (Mayo de 1845) la cuestion se complica por instantes, por los curiosos resultados de la proposición relativa al Colegio católico de Maynooth; de manera que la observación que hizo un crítico francés, que "Inglaterra tenia cincuenta religiones y una sola salsa", no es ya una chistosa exageración, sino una verdad evidente. Los disidentes en general, y con razon, se oponen á esta ley; pero antes que examinemos esta parte de la cuestion, será necesario explicar las creencias de algunas de las principales sectas de las que componen la religion de la Gran Bretaña en 1845.

Cálculase que la cuarta parte de la población de Inglaterra está separada de su iglesia nacional. Esta cuarta parte se compone de Católicos romanos, Disidentes protestantes. Cuéskaros, Metodistas, Presbiterianos, Iglesia ó *Kirk* de Escocia, Independientes, Unitarios, Bautistas, Moravos, Baxterianos, Arrianos, Trinitarios, Socinianos, Saltadores, Menadores, Subatarios, Milinarios, Haldanitas, Sectarios de Hutchinson, de Swedenborg, de Juana Southcott, Lenguas desconocidas, Hermanos de Plymouth, Puseistas.

Para no asustar á nuestros lectores, les aseguraremos que no pensamos describir minuciosamente las creencias de esta falange de sectarios, sino tan solamente las mas importantes, y cuya posición social puede servir para comprender la de la iglesia en la época presente.

La iglesia anglicana, que profesa una doctrina compuesta de arminianismo, interanismo y calvinismo, se halla gobernada por el rey, que es la cabeza de la iglesia, por dos arzobispos ó primados, y veinte y seis obispos, de quienes es metropolitano el arzobispo de Canterbury. Como, para fines políticos, cada una de estas sedes fué declarada Baronia temporal por Guillermo el Conquistador, todos los prelados tienen asiento en la cámara de los lóres. El poder de que se hallan revestidos los obispos es grande, pero el del arzobispo de Canterbury es tan inmenso, que en estos últimos años el gobierno ha observado la política de no conferir ese arzobispado sino á hombres que se distinguen mas por su saber y virtudes, que por cualidades mas brillantes y mas activas; evitando por este medio los perjuicios apercibidos por el talento peligroso de hombres como Thomás á Becket y Guillermo Laud. Este excelente sistema ha obtenido un éxito muy feliz, por lo relativo á la tranquilidad de la iglesia, y en cuanto á la tolerancia con que mira á los sectarios. Todos los primados de Inglaterra, desde los días de Laud, han sido hombres de carácter tolerante y pacífico; y algunos de ellos, particularmente el arzobispo Sutton en 1811, se han manifestado en público partidarios de la tolerancia y de los preciosos derechos de

la conciencia. La liturgia se compone de trozos de la misa y otros de las Escrituras. La profesión de fé se encierra en los 39 artículos compuestos en la época de la Reforma por Cranmer y Ridley. En estos artículos la iglesia desecha la misa y la doctrina de la presencia real ó transubstanciación, como idolatría, y como contrarias á la Escritura; no reconoce mas que dos sacramentos, y tolera la confesión y la absolución; reprueba como inútiles el Purgatorio y las oraciones por los difuntos: este único consuelo de los afligidos parientes y amigos; rechaza la invocación de los Santos, y permite á sus clérigos que se casen y perciban diezmos. No necesitamos entrar en mas pormenores, porque estos son los puntos principales en que difieren entre sí la iglesia de Roma y la de Inglaterra.

A pesar de los continuos ataques que sufre, y que no son en nuestros tiempos menos amargos que en los antiguos, los rasgos característicos de la iglesia anglicana son su mansedumbre y su tolerancia. La política del Estado y las doctrinas de una iglesia, son cosas enteramente distintas; y si una ha sido cruel, no se le ha de echar la culpa á la otra. Esceptuando la época de Laud, la iglesia anglicana jamás ha manifestado espíritu de persecución; y si lo manifestó entonces, acháquese el crimen al clérigo y no á la fé. La prueba de su tolerancia está no tan solo en el número de las sectas, sino en el atrevimiento con que estas y los católicos de Irlanda la atacan. Si le animase el espíritu de persecución que estos le atribuyen y finjen creer, no tendrían libertad para decirlo.

Inútil sería explicar las creencias de la iglesia de Roma en un país católico, y así pasaremos á hablar de la secta mas numerosa y mas importante despues de la iglesia establecida: los disidentes protestantes. Esta fué la primera que abiertamente se separó de la iglesia anglicana, segun la estableció la reina Isabel, y de la que decían que conservaba aun mucha "levadura del papismo." La sencillez de su traje, la austeridad de sus costumbres y sus pretensiones á una pureza de vida extraordinaria, hizo dar á sus miembros el nombre general de Puritanos. Aquella soberana y algunos de sus sucesores, promulgaron leyes severas contra ellos, y segun costumbre, la persecución les inspiró mas valor y aumentó su número y su importancia; porque lo que tanto entonces como un siglo despues los hizo mas notables, fué el hecho de ser apoyados por el clero anglicano en el momento en que el gobierno los perseguía. El clero los miraba como á amigos cuya manera de hablar, franca y atrevida, podría serles muy útil en su decidida oposición á las usurpaciones de Roma, usurpaciones que James favorecia tan abiertamente. Algunos escritores opinan que las tendencias al esplendor, pompa y ceremonial en el servicio divino de la "alta iglesia," hubieran degenerado poco á poco en reunion al catolicismo, si aquella iglesia no hubiese experimentado las trabas que le oponian los principios de los disidentes. El historiador David

Hume dice que á ellos exclusivamente se debe la libertad religiosa.

Separáronse de la iglesia anglicana porque insistian en el derecho del juicio individual en materias de fé, y en la absoluta libertad de conciencia. Sostienen que la escritura es la única regla de fé y práctica, y que en ella no se encuentran los dogmas de transubstanciación, confesión y absolución. Se oponen al uso de la liturgia, y rechazan con violencia toda clase de formas y ceremonias. Como muchas otras sectas, creen en la justificación por la fé solamente, y no creen que sean suficientes las buenas acciones.

Los presbiterianos, secta numerosísima en otra época en la Gran Bretaña, casi no existen hoy mas que en Escocia bajo el nombre de "the Kirk." Su religion es un calvinismo puro. Improvisan sus sermones y sus oraciones. No tienen liturgia, ni altares, ni música, y lo que es mas extraordinario y triste para nuestras ideas, es que carecen de servicio de difuntos. Los parientes del difunto acompañan su cadáver á su última morada, y allí lo dejan sin desplegar los labios. El Sacramento de la Cena, que se administra regularmente dos veces al año, es la única ceremonia religiosa que tienen. Lo mas notable de ellos es su odio inextinguible al episcopado. El gran apóstol de su fé es Juan Knox, hombre cuyo talento era tan grande como su orgullo, y cuyo carácter y conducta merecerian un exámen mas detenido que el que podríamos consagrarle aqui.

Despues de estos, el cuerpo mas poderoso de disidentes es el de los independientes ó Congregacionistas. Tambien son discípulos de Calvino, y niegan no solamente toda subordinación del clero, sino toda independencia ó sumision á cualquiera otra iglesia, asamblea ó concilio. Sostienen que cada congregación tiene en sí misma todo cuanto necesita para su propio gobierno, y no ha de someterse á ninguna iglesia ó sus diputados. Bajo Cromwell el Protector, que pertenecía á esta secta, fueron tan poderosos como crueles, pues ellos, y no los presbiterianos, fueron los que llevaron á cabo la muerte del rey y la de todos los amigos ó criados de este que cayeron en sus manos. En nuestros tiempos no son tan numerosos, no tienen tanto poder, y por consiguiente, no persiguen. Lo mismo que los disidentes, son enemigos mortales de Roma, y sus doctrinas, como las de los metodistas, se han extendido principalmente entre las clases humildes.

Los unitarios forman un pequeño cuerpo de carácter diametralmente opuesto al del anterior. Su número es escaso, y casi todos pertenecen á las clases superiores y bien educadas del pueblo. La gran diferencia que hay entre ellos y las demas sectas, es que niegan la divinidad de Jesucristo, tratando de probar con la Escritura, que era de naturaleza humana, aunque poseía mas sabiduría y mas virtud que ningun otro hombre, á fin de que pudiese cumplir con su mision de maestro de una doctrina nueva y mas pura. Son pacíficos,

tolerantes y muy apreciados en la sociedad. Entre su clero hay hombres de mucho saber é ilustracion, y por consiguiente su doctrina hace muchos progresos.

Los Bautistas. Estos sectarios se diferencian mas que en nada de los demas disidentes en la práctica del bautismo, que verifican por inmersión. Observaremos que sentado ya que todos los sectarios ingleses, ó la mayor parte, tienen el origen de su creencia en Calvino, no entraremos en un exámen circunstanciado de cada secta, sino que nos limitaremos á señalar en qué se distinguen de la iglesia anglicana y en qué unas de otras. Los bautistas sostienen que solo se ha de administrar el bautismo á los que creen en el cristianismo, y por tanto solo á los adultos. Como muchos otros sectarios, han sido cruelmente perseguidos por su generosa defensa de los principios de la libertad religiosa, y uno de su cuerpo, una predicadora, fue llevada á la hoguera bajo la "alta iglesia" luterana en tiempo del rey niño Eduardo VI. Después de la abdicacion de James II, y el establecimiento en el trono de la casa de Brunswick, no se les ha tratado tan mal, y en los últimos años se les ha permitido seguir su fe sin molestias. En sus principios hay una mezcla de Calvinismo y Arminianismo.

Los Cuáqueros, ó tembladores, aparecieron en Inglaterra por los años de 1650. Formaban al principio una escasa reunion de hombres pensadores, que oponiéndose á las violentas doctrinas profesadas por otras sectas, se separaron de las demas iglesias, y retirándose del mundo, se entregaron á la meditacion y á la oracion. La naturaleza tranquila y sufrida de su fe no pudo sin embargo ponerlos al abrigo de la persecucion, y Jorge Fox, uno de sus primeros y mas célebres predicadores, sufrió una larga prision, y fue muy mal tratado. Hallándose separados de las demas iglesias y unidos entre sí por sentimientos altamente benévolos, adoptaron la afectuosa denominacion de *Amigos*; pero habiendo dicho Jorge Fox á sus perseguidores que llegaría un dia en que *temblarian* en presencia del Señor, les aplicaron por burla el epíteto de *tembladores* (quakers.) Esta secta es una de las mas puras en cuanto á moralidad, y saca los principios de su fe de la doctrina de Arminio. Asi reconoce la necesidad de la fe, pero mucho mas de las buenas acciones, de la moralidad, de la caridad mútua, de la pureza de motivos en las acciones y del amor de Dios. El culto que les recomendó Fox es muy sencillo, y no admite ninguna especie de ceremonia. Cuando se reunen, aguardan con silencio recogido y profundo que influya el espíritu en sus ánimos, y cuando conocen su presencia por el ardiente deseo de hablar, se levantan y dan expresion á los sentimientos que les inspira. Por este medio trataba Fox de apartar á los hombres de los sistemas y del uso de ceremonias, y les enseñaba á estudiarse á sí mismos y á contemplar los principios que tenían en el corazón, y que si se les

escuchase nos enseñarian la rectitud del ánimo y un sincero odio al vicio. Reuníanse en sus casas de oracion varias veces en la semana, pero muchas veces terminaba la reunion sin ninguna oracion oral ni exhortacion religiosa. No consideran el Bautismo y la Eucaristia como sacramentos, sino como signos exteriores; pero se someten por necesidad y por obediencia á las leyes civiles á recibir el primero. No tienen sacerdocio; se oponen á la doctrina de eleccion y reprobacion, y en cuanto á su gobierno civil son notables por su industria, orden y sobriedad. Mantienen á sus propios pobres, pero se niegan á pagar diezmos, y por esto se les ha tratado con mucha severidad. No prestan juramento y aborrecen la guerra. No hay injusticias, ni opresion por terrible que fuese, que pudiera jamás obligarlos á tomar las armas. Sufrir por la verdad es su mayor gloria, y es la única secta religiosa del mundo que jamás ha derramado sangre para apoyar sus opiniones. En nuestros tiempos son lo mismo que antes; una sociedad tranquila y respetable, cuyas doctrinas públicas se hallan admirablemente sostenidas por la pureza de su vida privada. Sus principales apóstoles fueron Barclay, Jorge Fox, Ana Bernard, y aquel hombre tan célebre como bondadoso Guillermo Penn, que perseguido en Inglaterra se refugió á América y fundó la Pensilvania. Esta secta ofrece una extraordinaria peculiaridad, y es que, como no tiene clero, sino que cada fiel que se siente con ánimo y fuerzas para instruir á los demás se convierte en el acto en predicador, sucede á menudo que las mugeres adoptan este empleo, y predicán con tanta elocuencia, saber y energia como los hombres.

Otra secta muy numerosa, y que prospera mucho, es la de los Metodistas, Wesleyanos y Whitefieldistas. Aparecieron por primera vez en Oxford, á principios del siglo XVIII, bajo un tal Morgan; pero no tardaron en desarrollarse y adquirir importancia con las predicaciones de Juan Wesley. Dióseles el nombre de "metodistas", por la metódica severidad de su conducta. La reputacion de Wesley atrajo á su lado muchos hombres eminentes, y entre ellos al no menos célebre Jorge Whitefield. Pero estos dos grandes hombres no tardaron en diferir de opinion, y dividieron á sus secuaces en dos partidos, que se distinguen con los nombres de Wesleyano y Whitefieldista. El primero adoptó la suave y benévola creencia de Arminio, y el otro la doctrina mas exclusiva y severa de Calvino. Ambos desecharon la liturgia de la iglesia anglicana, prefiriendo las oraciones y sermones improvisados en su culto que, en imitacion de los apóstoles, celebraban en los campos. Enseñaban la doctrina de Calvino de la salvacion por la gracia de Jesucristo, y el dogma de la conversion instantánea del pecado á la gracia, que llaman "nacer de nuevo". Estas son las peculiaridades mas notables de su creencia; y no se puede negar que, sea ó no sea errónea la doctrina que con tanto fervor pre-

dican, han hecho beneficios inmensos á la clases infinitas, arrancándolas á las tabernas para escuchar sus argumentos, y reformando sus costumbres libertinas.

Hay varias otras clases de disidentes que profesan casi los mismos principios y solo se diferencian de estos en las formas exteriores; tales son los Meneadores, los Arrastradores, los Saltadores, los Bebedores, etc, etc. Todos estos improvisan sus oraciones con gran entusiasmo, hasta que este mismo entusiasmo los obliga á expresar sus sentimientos con acciones. Unos proclaman su dolor y el arrepentimiento que les inspira el pecado gimiendo y temblando; otros la alegría que les causa la bondad de Dios saltando y brincando, y otros arrastrándose como gusanos de la tierra y clavando las frentes en el polvo. Todos fundan sus prácticas en la Escritura.

De estas sectas calvinistas, pasaremos á otra muy notable que es la de Swedenborg, natural de Suecia, que murió en Londres donde predicó su doctrina.

Manuel Swedenborg profesaba una doctrina que aunque enteramente distinta de la de los demás sectarios, se fundaba sin embargo en la Escritura. Negaba la trinidad de personas en Dios padre, pero la reconocía en el Cristo solo, así como en el hombre hay una trinidad humana del cuerpo, del alma y de la voluntad. Decía que siendo Jesucristo la trinidad divina, era en sí mismo Creador, Redentor y Regenerador. Sostenía que en las escrituras habia tres sentidos diferentes: el celeste, el espiritual y el natural, que á él solo le era dado entender. Negaba la doctrina calvinista de la predestinacion, eleccion y justificacion por la fe sola, y la resurreccion del cuerpo material; pero creía en la eficacia de las buenas acciones ayudadas por el arrepentimiento; y despues de la muerte en una existencia espiritual, feliz ó desdichada, segun la conducta que se habia observado en la tierra. Estos son los puntos principales de esta religion extraordinaria, y hasta aquí todo ello es bastante racional, ni difiere mucho de lo que creen otras sectas. Pero hay otros puntos de su doctrina que la separan enteramente de todas las demás profesiones de fe: las visiones de Swedenborg, su creencia de que él y solo él estaba en comunicacion directa con Dios y sus ángeles, que habia entrado en todos los cielos y en todos los infiernos, y que habia residido en las habitaciones de los ángeles, con quienes vivía en la mas estrecha intimidad. Todas estas ideas no merecerían que nos ocupásemos seriamente de ellas, si no fuese porque aun tienen adeptos en la Gran Bretaña, hecho casi increíble en este siglo de razon y filosofía.

Otra secta que fue muy considerable y disfrutó de mucha popularidad, fue la de los hermanos moravos. Existian aun antes de la reforma; pero parece que las doctrinas que entonces profesaban no han sido bien comprendidas. Predican union,

amor fraternal, comunidad de intereses, y celebran su culto al Creador con música y fiestas de amor; estas fiestas de amor han hecho que la opinion pública repruebe su creencia, que es una mezcla singular de arminianismo y calvinismo. Se han presentado no ha mucho en Inglaterra, con algunas modificaciones en su doctrina, bajo el nombre de hermanos de Plymouth, y no han dejado de llamar la atencion.

Ya hemos dicho que la iglesia de Escocia es presbiteriana, gobernada por un clero que ella misma nombra. La iglesia establecida en Irlanda, y que tanto ruido hace hoy en la opinion pública, es la misma que la de Inglaterra, aunque la gran mayoría del pueblo es Católica. Despues de estas hay otras muchas sectas, menos numerosas, menos importantes, apenas conocidas, y que es inútil siquiera nombrar. Seria natural creer, segun la variedad de religiones que hay en Inglaterra, que las hay al gusto de todo el género humano, y que todo hombre hallaría medio de acomodar una al suyo. Que esto no es así, resulta claramente del nacimiento diario de nuevas creencias, que aunque no sean siempre enteramente nuevas son extraordinarias modificaciones de las antiguas. Algo diremos de ellas antes de entrar en el examen de la gran lucha del día entre las iglesias de Inglaterra y de Roma, tanto para explicar sus opiniones, como para manifestar el influjo que ejercen ó pueden ejercer en el estado de la religion en Inglaterra.

Apenas se habian retirado de la escena los absurdos de Juana Southcot, cuando se apresuraron á nacer otros para ocupar el puesto que dejaba vacante con su muerte. Esta mujer era una especie de metodista cuya mision era predicar la proximidad del día del juicio, y como prueba de su mision habia de parir un hijo, siendo doncella y de edad de unos sesenta años, hijo que habia de vencer á Satanás y al pecado. En cuanto á ella, era la mujer de quien se ha profetizado que aplastaría la cabeza de la serpiente. Juana murió sin dar cima á su mision, pues no parió, y segun parece, tan suelto anda ahora Satanás como antes. Sus discípulos en general eran gentes bajas ó ignorantes, y fuera de estos, pocos prosélitos hizo su doctrina.

Cuando casi se habia extinguido esta secta, nació otra que llamó mas la atencion por que su jefe era hombre de saber y talento, y sus discípulos hombres de cierto rango. Tal era la doctrina de las *lenguas desconocidas*, don que varias personas de la congregacion de M. Irving decian haber recibido del cielo como los antiguos apóstoles. Pero entre este moderno Paráclito y la inspiracion apostólica, habia esta notable diferencia, que las lenguas que recibieron los apóstoles, aunque nuevas para ellos, eran idiomas sabidos en los países que los rodeaban, y se les dieron para que en ellos pudiesen predicar, mientras que las lenguas recibidas por los discípulos de M. Irving no eran entendidas de nadie, ni aun de los que las hablaban. Por consi-

guiente jamás se emplearon estos idiomas sino en el púlpito, y estos sermones debían ser sumamente edificantes para la congregación. Esta farsa duró poco; mas como siempre ha de haber alguna causa de disensión religiosa en Inglaterra, le han sucedido los hermanos de Plymouth, y la popa de la "alta iglesia," del Dr. Pusey, verdadero sucesor del arzobispo Land. Pero esta religión, juntamente con la de los católicos ingleses, que han hecho tan rápidos progresos en los últimos años, son, bajo todo punto de vista, demasiado importantes para ser examinados al final de un artículo. Por consiguiente nos detenemos por ahora aquí, y les dedicaremos nuestra especial atención en el siguiente.

LITERATURA ALEMANA.

ARTÍCULO II.

En Francia, la pública atención se había dirigido con escaso interés hacia la Alemania literaria, hasta que madama Stüel, en su conocida obra, señaló un nuevo objeto de curiosa indagación. Las producciones alemanas han servido de poco á los franceses como modelo, pero han dado materia á estudios muy profundos y á exámenes de singular criterio. Hubo hace algunos años una Revista Germánica y otra Revista del Norte: pero ambas publicaciones cesaron á su vez, y los trabajos de esta clase pasaron á otros periódicos de objeto mas general.

A pesar de la poca homogeneidad de carácter y de lenguaje entre la Italia y la Alemania, la influencia política que la última ejerce sobre la primera, ha debido estrechar naturalmente las relaciones literarias; y á pesar de las trabas que allí se oponen artificialmente á comunicaciones tenidas por peligrosas, la misma falta de objetos en que ocupar el ingenio, al cual están vedadas las cuestiones políticas y religiosas, enciende mas y mas el apetito del pasto intelectual, necesario á las claves de la sociedad que dan la medida de su civilización. Casi diríamos que las mejores traducciones alemanas son las hechas en Italia; y á los que ignoran la lengua de Schiller y quieren penetrarse de su espíritu, aconsejaríamos que tomasen con entera confianza las traducciones hechas con singular inteligencia por el caballero A. Maffei.

Volviendo nuevamente al Septentrion, observaré que el genio alemán fue el que determinó el tardío desarrollo de la literatura rusa. Lomonosov, el padre de la poesía en esta nación, se formó en Alemania bajo la escuela de Cristian Wolf.

Entre todas las naciones, tal vez la española ha sido la que menos ha recibido las inspiraciones de la literatura alemana. Muy poco de Goethe, y no lo mejor y algo mas de Geisner, con algunos dramas de Kotzebue, es casi lo único que se conoce. Sin embargo, hace algunos años en Madrid existe, aunque modesta y privadamente, una academia alemana, cuyo objeto es explotar y propagar los recursos de aquella literatura; la empresa es laudable, y deseamos el mejor éxito á sus

esfuerzos. Algunos, sin embargo, han hecho tal ensayo, y ahora mismo un amigo, el modesto cuanto aplicado jóven D. Juan Bautista Sandoval, nos ha proporcionado nuestra de una traducción de la Doncella de Orleans de Schiller, de que con vivo placer hemos entresacado los fragmentos que por oportunidad publicamos en este mismo número.

Si queremos ponernos al nivel del estado presente de la literatura universal, es preciso que no descuidemos el apoderarnos de tan copioso repertorio. La literatura alemana se halla en una época de movimiento que tiene visos de sostenerse todavía por mucho tiempo; la vida que en otras naciones se halla concentrada en la política, allí se ha fijado en el órgano de la literatura que todo lo anima. Prescindiremos de los trabajos filosóficos y teológicos, que por sobrado sutiles, á pesar de los esfuerzos hechos para popularizarlos, se salen de la esfera de la literatura propiamente llamada. Pero en la historia brillan allí tres grandes lumbreras que han de guiar á los espíritus por sendas hasta ahora poco frecuentadas. Gersino el grande apologista de Maquiavelo, á quien supone víctima de una calumnia de tres siglos; Federico Raumer, genio atrevido y penetrante, que ha recorrido la Europa para buscar documentos y escribir sus relaciones en el propio teatro de los sucesos, y Leopoldo Ranke, que ha ilustrado la historia de los siglos XVI y XVII con miras de una elevación á que nadie había podido alcanzar. La novela, esta copiosa de la sociedad moderna, este palenque cerrado en que lidian sus intereses y sus doctrinas, cuenta en Alemania numerosos mantenedores, unos conocedores del mundo real con gran fuerza de observación, otros estraviados en lamentables observaciones y empeñados en pintar otro mundo peor del que existe. La poesía lírica que según hemos dicho por incidencia renació en una época de entusiasmo y emancipación nacional, sigue la dirección que le imprimió Uhland, y á pesar de su abundante y diaria reproducción bajo mil formas, no puede todavía satisfacer la pública avidez de sensaciones dulces y melancólicas, que son las dominantes en esta escuela. La poesía dramática, por el contrario, sin ser menos copiosa, nos parece que causada de la escuela patibularia que dominó á su vez en el teatro alemán, decae de recluso hacia la frialdad, desde que la princesa Amelia de Sajonia introdujo, ó mas bien resucitó el género de *Uffland*, que á falta de otro nombre se llamó para distinguirlo. *Conversation-stück* (pieza de conversacion), diálogo sin acción apenas, aunque sazonado con un gusto purísimo y elegante.

Estas indicaciones bastan á nuestro parecer para demostrar lo mucho que hay que estudiar en la literatura alemana, y para justificar nuestros deseos de que su estudio sea cultivado entre nosotros en cambio de lo mucho que aquellos ingenios han cultivado el de la nuestra.

—Al concluir este artículo, no podemos menos lamentar la sensible pérdida que hace dos meses ha experimentado la literatura alemana en la persona de Augusto Guillermo Schlegel que tan gloriosamente ha

llegado al término de su larga carrera. Le debemos mucho para olvidarle: él fue quien á principios de este siglo dió á conocer á sus compatriotas el nombre y el espíritu de nuestro Calderón de la Barca, que desde entonces ha sido objeto de admiración en aquel ilustrado país. Poeta, crítico, filólogo traductor y escritor político, Augusto Guillermo, ha compendiado al parecer en un solo hombre todo el carácter universal variado, cosmopolita, absorbente y reproductor de la literatura alemana. Puede decirse que si algo le faltó que tratar, fue suplido por su hermano Federico, menor en edad y arrebatado con anticipación á las letras 34 años antes que él. Lo nacional y lo extranjero, lo antiguo y lo moderno, lo severo, lo gracioso, lo sentimental, todo fue objeto de su docta pluma. Aun no había cumplido 18 años, cuando asombró á sus oyentes con la lectura de su historia de la poesía alemana. Por aquí debió empezar dando esta justa preferencia á su patria; pero pronto se remontó á las fuentes primitivas, donde por espacio de muchos siglos han estado bebiendo sus inspiraciones pueblos que pertenecen á nuestro orden de civilización. Educado en los estudios clásicos por el famoso Heyne en la universidad de Gotinga, determinó con acierto muy superior á su edad la geografía de la Odisea, y ayudó á su maestro en el minucioso trabajo del índice de Virgilio. Esta monótona ocupación debió al parecer secar todo el jugo y apagar la llama del mas lozano ingenio; pero sus relaciones con Burgen le condujeron por el camino de la poesía, y las magníficas imitaciones del Dante, que bajo el título de las horas publicó en Jena, revelaron la multiplicidad de sus facultades. Oyó hablar de Shattispeare, y lo tradujo: oyó hablar de Calderón, y lo tradujo también. No bastaban estos ensayos aislados: era preciso comparar, y con este objeto escribió su antología italiana, española y portuguesa. Había existido un género que en lugar de reformarse por la crítica, desapareció á impulsos de la punzante censura de Cervantes, la novela poética caballeresca. Este género ofrece sin duda grandes recursos, y renació ataviado de preciosas galas en el *Tristan* de Schlegel. Había perecido también otra lengua y otra poesía: la provenzal, que señala el curioso tránsito de la antigua á la nueva cultura; Schlegel comprendió la investigación de período tan interesante bajo el doble aspecto de la literatura y de la civilización, si es que pueden separarse estas dos ideas, y sostuvo con Raynouard una polémica, que arrojó sobre esta cuestión la luz mas viva. Ya parecía que todo estaba agotado; pero existen lejos de nosotros unos pueblos numerosos, cultos á su manera, separados de nuestra raza, cuando las ideas y el lenguaje se hallaban todavía en el estado de su primitiva rusticidad; pero pueblos ilustrados, despues, que tienen sus tradiciones: sus libros inmemoriales, sus filósofos, sus poetas, y sus gramáticos. Dueño ya Schlegel de lo que mas de cerca alcanzaba, quiso estender sus estudios mas allá de esta esfera que consideraba estrecha para la inmensidad de

su genio, y así es que la literatura indica fué la ocupación de la última parte de su vida, desde que se fijó en la universidad de Bonn. Ya le había precedido con mucha anterioridad su hermano Federico en su tratado sobre la lengua y los conocimientos sobre la India; pero entonces estas investigaciones estaban todavía en su origen, y las conquistas alcanzadas despues por la ciencia han ensanchado grandemente este precioso dominio. En lo poco que rápidamente hemos referido por apéndice á nuestro artículo, se hallará confirmado lo que dignos al comenzar, que en las obras de Schlegel se verá reasumido el genio y la tendencia que caracterizan á la literatura alemana.

LA ATANASIA.

¡O tierras del Mediodía, orillas del Mediterráneo, coronadas de flores! vosotras os bañais en las limpidas aguas cuyas mansas ondas vienen reflejando todas las pompas orientales; vosotras aspirais un aire embalsamado, y las nubes de vuestro cielo semejan páramos inacabables de lumbre y esplendor; vosotras os vestís de cien colores, ceñido el cuerpo con la flexible palmera; vosotras sustentais un pueblo jovial y movedizo, de donde están desterradas todas las hondas pasiones que roen y acaban con la vida, todos los incansables pensamientos que tiranizan el alma. Ahí las pasiones son flores de un día, y los pensamientos son nubes relucientes que apenas aparecen, ya han pasado. ¡O tierra arenosa que eres tan fecunda y tan liviana, morada de la imaginación, asiento de la suspicacia, madre de alucinaciones, por que así como deslumbras la vista, deslumbras el entendimiento! tú eres la tierra de promisión para las almas cansadas y tristes; los pensamientos que infundes son el jardín de los pensamientos; las pasiones que excitas son el jardín de las pasiones. ¡O tierras del Mediodía, orillas del Mediterráneo, coronadas de rosas!

Vosotras no teneis como aquellas regiones que cruzan el Misisipi, isletas flotantes que bajan con la corriente de los ríos, llenas de flores y semejantes á una virgen entre sedas; pero teneis unas mugeres muy bonitas y graciosas que son unas verdaderas isletas de flores; y que también fluctúan y siguen la corriente y muchas corrientes. Y si en esto de corrientes no sois solas; si teneis por competidoras otras muchas tierras, lo mismo al Septentrion que al Sur, al Este que al Oeste, en cambio teneis unas granadas esquisitas, como las hay en pocas partes, y váyase lo uno por lo otro; y en cambio teneis muchos poetas y pintores, y sobre todo abundais en arqueólogos, que no es grano de anís.

Siento tener que echaros en cara una cosa, ó tierras del Mediodía, y es que habeis sumergido en la oscuridad y en el olvido á Murcia y sus contornos, á esa tierra privilegiada, hermana vuestra carnal, de quien nadie se acuerda. Y esta injusticia á fé que la he de reparar yo, y he de ha-

cerle para encarecer mi modestia, pues no hay cosa que en el mundo dé mas desventajosa idea del seso de un hombre que el meterse á reparar injusticias. Bien dice el refrán *lo que no has de comer déjalo cocer*. O caros lectores, no quiero se diga de mí que escribo cosas de donde no se puede sacar fruto alguno, pues sentiría ser el único así motejable entre tantos que escriben cosas sensatísimas, profundas y sustanciosas; por tanto voy á darte un consejo, que si lo sigues bien, ha de ser te muy provechoso: *no hagas caso de nada ni de nadie, y aparenta hacerlo de todo y de todos*.

Hay do quiera tantos desengaños y tantas amarguras, ó corazón, en el mundo físico y en el moral, que debes cerrarte con cincuenta y siete compuertas para que no penetren en tu seno, ó bien debes abrirte de par en par para que entren todas de una vez y ya no quepan mas dentro. O lector caro, el que de entre vosotros haya logrado esto, será hombre superior, porque este es el secreto de los héroes.

Yo he pasado por Vallecas muy amenguado, y á la salida del pueblo he visto siempre un ciego muy anciano que mendigaba; y en su rostro habia grandes padecimientos, y de sus labios aprendí una triste historia.

—Jóven, me dijo, todavía tus mejillas no están surcadas por las aguas del llanto, pero mi cabeza ha encaneído con el soplo de ochenta inviernos, y mis hombros se han encorvado bajo el peso de las desgracias. Jóven, tú ves todavía la luz del cielo, pero mis ojos los cegó el sombrío dolor.

—Anciano, le dije, cuenta la historia de tus canas á tu hijo, siquiera porque te lo pido con el language que Chateaubriand.

Nací en las verdes florestas de Carabanchel, y mi cuna de palo se mecía á la sombra de un cobertizo. Un hermanillo mío la meneaba ¿Quién es ese Chateaubriand que decías?

—Ancianos, hay flores que nacen en parages misteriosos, y allí no ha penetrado nunca el morador de los campos.

—Hijo, desconfía de los hombres y clava bien la vista en el ave que vuela, porque no creas que es la garza si se remonta. Mi cuna se mecía bajo un cobertizo; un hermanillo mío la meneaba.

Allí entre los ancianos de mi tribu di muchas cosas, y guardé sus palabras como la cierva sus cervatillos. Allí se reunían á tomar el sol los ancianos y fumaban cigarrillos de seis maravedises, cuyo humo enviaban al Oriente, y al Poniente, y al Norte y al Mediodía, y entre ellos estaba un hijo del sol que decía: *los hombres son hombres*.

Un día llegó un habitante de tierras estrañas y me dijo: hay lejos de aquí, muy cerca del gran lago, unas regiones donde nace el sol y se crían muy buenos tomates; esa region los hombres la llaman Mulcia. Jóven, allí habitan gentes de tu raza que un día salieron desterrados de estas tierras por el gran espíritu que decía ser alguacil. Un hermano de tu madre salió de aquí, llevándose consigo la hija de un hermano suyo, y cruzaron

el desierto metidos los dos en una cosa que rodaba, y que era semejante á media nuez de una de las que nacen en estas praderas. Jóven, tu tío se va con el gran espíritu y habla de tí. ¿Y cómo, dice yo, dejaré las tierras natales? Decidles á los huesos de mis padres: levantaos y marchad á tierras estrangeras. Jóven, contestó aquel viagero, ¿tú no conoces que estos montes no tienen ya caza, ni estos campos frutos para mantener á los hombres? El hermano de tu padre posee riquezas escondidas.

Adios, montes natales, exclamé; ya no volveré á ver las torrecillas de Madrid, ni sabré de las grandes cosas que hace ese gran consejo de ancianos, encanecidos en la sabiduría, que nos mandan sus prudentes palabras desde Oriente, como hijos que son del sol!

Y abandoné mis patrios lares. Doce noches anduve caminando; cuando amanecía, el sol me ocultaba en las espesuras y bosques. Los ancianos de mi pueblo decían que es menester ser astuto como la zorra y cauteloso como la serpiente, al atravesar tierras estrañas, porque los hombres son enemigos de los hombres. Diez lunas pasaron cuando á la undécima aspiré en el viento el olor de un gran bosque; el viagero pone su olfato en el viento para oler la cercanía de las selvas donde ha de hallar abrigo, y sus ojos son como los del lince, que ve crecer la yerba de los campos. Jóven, estarás andando seis días, y mi nariz olfateará tu rastro; la hormiga que hace su morada al otro lado de los mares, la verán moverse mis ojos.

—Padre, le dije yo al anciano, tu cabeza está emblanquecida, y los años enseñan la ciencia. El gran espíritu ha dado á los ancianos el don de la sabiduría y la verdad.

—Tu cabeza es negra como el ala del cuervo; pero tu espíritu es justo; yo he corrido todos los países del mundo; cerca del rio por donde se comunican los dos mares, hay una tierra en donde aprendí la verdad; allí los labios de los hombres son como el buen amigo.

Y en el corazón del anciano debió levantarse una tempestad de recuerdos, porque de aquellos ojos ciegos, brotó una lágrima muy amarga, aunque no la probé.

—Y el anciano volvió á hablar.

—Pronto á la luz de la luna, dije, descubrí una selva en el horizonte, y apresuré mis pasos. Llegaba á la entrada del bosque, cuando oí un ruido semejante al aleteo de la alondra; despues el ruido se hizo semejante á una voz humana. Entonces no dudé de que cerca de mí habia hombres, y me subí á un árbol, porque mis antepasados dejaron escrito que la cercanía del hombre es como el lazo donde va á caer el león.

—Hola, muchachos, dijo uno de los hombres que venian, ese mozo se nos fue al cielo.

—No hay tal; dijo otro señalando al árbol; el pájaro está en el nido.

—Hola, tú, lecluzo, añadió el primero; ¿de

cüando acá el buho duerme de noche? Baja, y te arrancaremos la pluma.

—En mi país natal, contesté, apedreamos al extranjero; ¿qué me importan á mí vuestras bravatas?

—Ea, poca música y deja la rama, avechuelo, dijo uno de mis enemigos.

—Los hombres de mi país natal, repliqué, son valientes como el león. Si estuvieras tú solo en mi tribu, te destrozariamos como el águila al pajarillo.

Y bajé. Jóven, tres eran, tres, los enemigos del hijo de mi padre, y los tres, cuando me vieron en sus manos, hicieron gestos de alegría, bajando y subiendo la cabeza con ademán irónico; pero yo permanecí sereno, como los hombres que cantan la hora. Entonces me registraron, quitáronme todos los amuletos que llevaba, hechos de metal y semejante á las fichas con que los jugadores de damas están aprovechando el tiempo horas enteras; yo entonces me herí secretamente el pecho con las uñas, porque en aquellas medallas adoran los hombres de mi tierra al grande espíritu que todo lo mueve. Y después de esto, uno de aquellos enemigos de mi raza me derribó de un revés un cuenco que llevaba en la cabeza, porque los hijos de estos campos llevamos empinados sobre el cogote unos cuencos que parecen vasos de colmeja; y después de esto me fueron despojando de todo, riéndose, y por fin me dejaron desnudo; y yo les dije al vernie así, ¿qué me importan á mí vuestros insultos, si yo soy la verdad desnuda? Y se rieron mucho y me ataron con cuerdas al árbol de donde bajé, y se fueron.

Jóven, tú no sabes lo que es estar en tierra enemiga, solo, desnudo, atado á un árbol, esperando la muerte, la muerte que es el fin de la vida; hazte cargo bien; es el fin de la vida. Yo pensaba entonces en los montes pátrios, y recordé mi niñez y todas las cosas que había oído y sitios que había visto; con lo cual me adormecí en el silencio. De pronto mi zarceo y mover del ramaje me despertó; puse el oído como ciervo que oye al can, y miré como el can que acecha al ciervo. Del pie de un árbol se levantó un bulle: la luna lució entonces por casualidad, mi corazón latió agitado, había reconocido á una muger, y yo dije: ella viene á salvarme.

Después de pasos precipitados, y volvieron á aparecer mis tres enemigos.

—Mocita, le dijo uno de ellos á la muger ¿por donde bueno á estas horas?

Ella calló.

—El diablo ha visto cosa igual, añadió el hombre; así te vas y te vienes sola por estos mundos, faltando á la moral? Pero no haya cuidado, que yo y estos dos acólitos hemos oído rebuznar el burro en que venías y hemos conocido que nos buscabas para hacer con nosotros confesión general de tus culpas y pecados.

Y aquellos hombres la despojaron también; y uno de ellos dijo: atemos á estos dos tunantes

uno con otro de espaldas, y no podran correr á dar parte.

Trageron la muger; y á ella y á mí, con las manos para atrás, nos ataron, juntas las espaldas; y ellos se fueron, desapareciendo en la oscuridad.

—Muger, díge yo, tú que estás unida á mi destino ¿con qué nombre te llaman las mugeres de tu tierra? ¿en qué bosques naciste? ¿qué buscabas por los desiertos?

—Hombre, contestó ella, me llamo Atanasia, nací en Carabanchel, fui con un tío mío á Murcia, mi tío acaba de morir, y yo dejé la ciudad yendo en busca del hombre de un arriero.

—Muger; ¿nuestro tío ha muerto ya? porque yo soy tu primo de Carabanchel con quien tanto jugabas durante tu niñez. Pero tus palabras son oscuras; ¿no digiste que ibas buscando el hombre de un arriero?

—Sí, porque ese arriero pasó un día por debajo de mi ventana, hacia calor y con la camisa abierta dejaba ver un hombro muy redondo y hermoso, por lo cual tuve antojo de darle un bocado en él.

—Hermana, las mugeres de nuestra tierra hablan de antojos que tiene la que abriga en un alma en su seno.

—Pues bien, ténle ese antojo y para satisfacerlo abrí la puerta al arriero y mi tío me dió de palos y el arriero dió de palos á mi tío, por lo cual éste ha muerto.

—Dicen que nuestro tío tenía riquezas escondidas.

—Yo las tomé, pero me las acabau de robar; no eran mas que unos cuantos reales. Puede ser que tuviese las riquezas en otro sitio.

Una tempestad de odio se levantó entonces en mi corazón; aquella muger había muerto á mi tío y me había robado unos cuantos reales, y para como de desesperación estaba atado de ella, no la podía apartar de mí, no podía correr á registrar la casa de mi tío y encontrar los tesoros.

—Muger, exclamé con frenesí, yo te odio mortalmente, te odio mas que el día á la noche, mas que el lobo rabioso al agua. Maldita seas.

—Maldito seas tú, tú, maldado, que me tienes sujeta y no me dejas andar. Muérete, y cantaré de alegría.

—Oh! muger; ¿cómo me deleito en aborrecerte! no sabes tú lo que es esta pasión, este frenesí que se apodera del alma y la consume. ¡Oh! aborrécame, aborrécame, quiero que me aborrezcas, para ver si puedo odiarte mas.

—Oh! yo te odio tanto como no odié nunca jamás. Sí, yo te odio.

—Oh! ¿qué placer! me odias; qué placer! ¿quién comprendería estas alegrías, la dulzura de estas palabras pronunciadas en el silencio de los bosques, á la luz de la luna!

—Sí, jóven, me dijo el anciano interrumpiéndose, tú no sabes lo que es esta pasión, los misterios que encierra para el alma de un viejo esta palabra: odio! Solo las naturalezas privilegiadas

sienten estas profundas delectaciones. Odiar es la vida, la felicidad, el cielo. ¿Por qué esa bárbara sociedad hace escarnio de esta sublime pasión? ¿Por qué la pone trabas? ¿Por qué no deja aborrecer? Ah! esa sociedad es ignorante, estúpida y malvada!

Joven, yo recordaré toda la vida el placer que sentí cuando lleno de odio hacia aquella mujer, eché á correr violentamente arrastrándola, destrozándola, haciéndola dar gritos horribles de dolor. Era aquella una pasión inefable, un frenesí de placer. Ella forcejeaba, se resistía; llegamos á un charco de agua, y me quiso precipitar de espaldas para quitarme la vida, diciéndome: aprende de mi odio, prenda mía, te voy á ahogar. Pero aquella mujer era un león, una furia; qué vigor tenía! ¿qué esfuerzos tan desesperados hizo! agitando, revolviéndose, empujándose, unidos los dos como dos blancos cervatillos, pasamos al otro lado del charco. Entonces, oh joven, conocí que la mujer no quiere ahogarse, y dije para mí: la mujer cuando se la hostiga es lo mismo que un gato montés metido en un costal.

Y ella me decía: ¡Oh tú, aborrecido mío, odiado mío, ira mía, furor mío, te has fastidiado.

Cuando esto pasaba, era la alta noche; de repente se escondió la luna y el bosque se quedó oscuro como la boca del lobo. ¡Qué magnífico y aterrador espectáculo el de la tempestad en una selva! Bramaba el viento embravecido, el trueno ensordecía el mundo, inmensidades de lumbrer cubaban el espacio; de pronto estalla el rayo iluminando el bosque; Atanasia da un cobulido, y me precipita de bruces sobre unos espinos llenos de agudas puntas; logro levantarme con ella á cuestas; la cabeza se me arde con agudísimo dolor; al mismo tiempo parecía que el corazón me lo atravesaban; una fuerza desconocida me arrebató y me hace correr, volar con Atanasia á cuestas; parecía que la fatalidad del destino nos llevaba tras sí.

De pronto llega una voz melancólica y grave á mis oídos; poco á poco se hace mas clara y distinta. Aquella voz entonaba con acento profético y á modo de salmo día, en acompasadas cadencias, esta canción:

La virtud es una flor
escondida y misteriosa,
una peregrina rosa
que en ninguna vive;
que me place!

Las hielas que por el mundo
vertiendo los hombres van
las recoge el alacran
y por eso es tan dañino.
¡Viva el vino!

Cuatro dramas de mujer
metidas en un mortero,
si las muelucas dan cero
por último resultado;
es probado...

Mientras la fuerza desconocida me arrastraba, y movidos por ella, Atanasia y yo, subiéndola

ladera de un cabezo, nos encontramos en una quinta, donde se ofreció á nuestros ojos un espectáculo edificante. Ardía un candil enganchado en una grieta; á su brillante resplandor se veía una multitud de carabinas, sables y pistolas, tiradas á montones por el suelo; en medio se veía sentado en un tarugo un anciano grave, seco, barbudo y de fisonomía ascética.

—Oh santo Cenovita, le dije; bienaventurado tú, que haces la vida del justo en estas soledades. El destino guía nuestros pasos y nos trae hasta ti.

—En cuanto á eso del destino, dijo él, ya sé yo que es el que guía los pasos de todos los hombres habidos y por haber, que con sus profundas artes de gobierno han hecho, hacen y harán la felicidad humana; pero en cuanto á vosotros, el destino no es ni mas ni menos que este gran perro que veis aquí, y que á la manera de los del Monte de San Bernardo, tengo enseñado á traer á los caminantes perdidos á esta gruta, donde para su mayor comodidad se les despoja de todo lo que les puede hacer peso en el camino.

—Pues bien, exclamé yo entonces, oh caritativo Cenovita; yo vengo á tí á que me despojes de este onerosísimo fardo que llevo encima, pues no hay cosa que mas pese y abruma que una mujer á cuestas.

—¿Quién diablos os ha puesto así?

—Tres hombres de esta selva, contesté, que nos han despojado y amarrado.

—¿Cómo se hace eso con nadie? sin que lo mande Jaimé el barbudo, gritó entonces aquel hombre enfurecido. A ver, muchachos, ¿quién ha liupado á esos tunantes?

—Yo, contesté uno de varios hombres que al oír la voz salieron de entre las peñas.

—¿Y cómo yo no sé nada? replicó el barbudo.

—Porque no valia tres cuartos lo que les he tomado.

—¿No? Pues ven conmigo.

Y se fueron. A poco rato oímos un tiro. Si pasas, ó joven, algun día por el puerto de la Malu Mujer, en direccion á Murcia, encontrarás á la bajada un monton de piedras que sostienen una cruz de caña. Allí el hombre barbudo mató de un pistoletazo á mi enemigo del bosque. Cada viajero que por allí pasa reza un padre nuestro, y ceba una piedra al monton.

Volví el hombre barbudo á la gruta y desató á Atanasia; cuando volví la cabeza vi que Atanasia estaba muerta; había abortado y fenecido, sin tener el gusto de dar su apetecido bocado en el hombro del arriero.

Joven, amargas lágrimas vertí sobre el cadáver de la prenda de mi odio. Todo el mundo estaba ya desierto para mí; el objeto de mi pasión había muerto; ¡Oh mujer, exclamé! antes tan vigorosa y ahora yerta; yo te aborrecía mortalmente; pero tu cuerpo será presa de la tierra, desaparecerá, y yo no podré odiar mas que tu memoria.

—No te causes en odiar á nadie, me dijo el

hombre barbudo; toma este dinero, y vuélvete á tu lugar. Anda, cernícalo.

Seguí el consejo de aquel hombre justo, y vine á establecerme á Vallecas, donde me devoran los dulces recuerdos de mi odio ya sin objeto, alimentado solo por la memoria. Desde entonces acá han pasado muchos años; el ojo que me quedaba cegó también, como no podía menos de suceder, porque tanto llanto se agolpó sobre él, que el pobrecillo se ahogó. ¡Oh jóven! aprende esto que te dicen los labios de un anciano: *el que está triste no tiene alegría.*

ILDEFONSO OVEJAS.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

DE LA PRIVANZA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES
Y CAUSAS DE SU CAIDA.

Ultimos momentos de la privanza del Conde-duque y vanos esfuerzos para conservar su puesto.—Su caída.—Regocijo general de los pueblos al verse libres de su dominador.—Muerte de Olivares.—Conclusion.

ARTICULO ULTIMO.

El continuo desvío y las frecuentes reconvenciones de S. M. respecto al conde-duque, no podían menos de hacer ver á este que iba decayendo progresivamente de la gracia del Rey: pero se convenció completamente de su desgracia cuando tratando en estos dias sobre la habitacion que habia de destinarse para el príncipe en el real palacio, y queriendo demostrar estaria bien en la de S. A. el Sr. infante cardenal, le dijo S. M. con el mayor enojo: *¿Y por qué no estaria mejor, Conde, en aquel que habitais ahora vos, que es el propio del primogénito del rey, y en el que estuvo mi padre y estuve yo cuando éramos principes? Desocupadle inmediatamente, y tomad casa fuera de palacio.*

Estas palabras pronunciadas por Felipe IV con altivez enérgica y harto significativa, hicieron una impresion profunda en el ánimo del privado, que se retiró temblando y sin atreverse á pronunciar una sola palabra. No bien habia salido este del gabinete régio, cuando entró la Reina D. Isabel: y exajerando unas veces y censurando otras la insolencia del conde-duque, logró acelerar la determinacion que habia logrado tomase el rey respecto á su privado, de ordenarle no se entrometiese en los asuntos del gobierno, y se retirase á la villa de Loeches hasta nueva determinacion. A pesar de lo ya ocurrido anteriormente, fue terrible este nuevo golpe para el valido, quien se desahogó con su mujer, remitiéndole á Loeches que era donde á la sazón se hallaba la orden que acababa de recibir. Púsose la condesa en camino antes del dia; y luego que llegó á la corte, tuvo una conferencia de dos horas con su marido, pasando luego á hablar con S. M., de quien fue brevemente despedida. Anegada en llanto y con las mues-

tras del mas vivo dolor, se arrojó la noche del mismo dia á los pies de la Reina, á quien pidió su intercesion atendidos los muchos méritos y servicios de su esposo; pero la respuesta de la reina se redujo á manifestarla, que lo que habia hecho Dios, los vasallos y tantos desgraciados sucesos, no era posible lo deshiciese ni el rey ni ella.

Nadie supo lo ocurrido en este dia sino D. Luis de Haro, sobrino de Olivares, que apesar de ser odiado de éste y estar vivamente resentido por ofensas personales que le habia hecho su tio, procedió en esta ocasion con la mayor generosidad, y dando al olvido lo pasado, vió á S. M.; se arrojó á sus pies y le suplicó que ya que su real orden era irrevocable, al menos se ejecutase con el mayor decoro y suavidad posible, propio al mismo tiempo de la clemencia de un gran rey; alcanzando con esto, no solo que el conde-duque permaneciese tres dias en palacio, interviniese en los consejos y juntas, y dijese audiencia en los negocios particulares suyos, sino tambien que en compañía del Pronotario y de Alonso Canerero mirase todos los papeles de las secretarías, y quemase cuantos él creyese oportuno. Así se hizo en efecto, reduciendo á cenizas gran porcion harto notables para que el público los viese. Solicitose por muchos audiencia del conde-duque; pero éste mandó se dijese á todos se hallaba indispuerto, y no admitió á su presencia ni aun á aquellos que iban diariamente á verle comer.

Al dia siguiente S. M. mandó se le pidiese la llave que tenia, con la cual entraba en su cámara cuando se le antojaba.

Imposible seria pintar el regocijo que se retrataba en todos los semblantes al publicarse aquella noche en palacio la caída del conde-duque, y las demostraciones que se siguieron á esta general alegría; baste decir que todo el mundo veia ó creia ver que se despejaba el horizonte político completamente, y que una nueva aurora de paz, de venturoso bienestar y de felicidad comun aparecia para los españoles.

Circularon por la corte infinitos papeles con versos alusivos á tan memorable acontecimiento, y en las puertas de palacio pareció la siguiente redondilla.

*El dia de San Antonio
Se hicieron milagros dos,
Pues empezó á reinar Dios
Y del rey se echó al demonio.*

El dia 19 de enero de 1645 fue tal el júbilo que reinó en la capital, que sin duda se hubieran celebrado fiestas públicas á no haberse esparcido la voz de que el privado, valiéndose de su gran maña, habia vuelto á la gracia del soberano y á manejar las riendas del gobierno. Al siguiente dia un pueblo numeroso y pal-

pitante seguía la comitiva de la real familia que se dirigía á la iglesia de las Descalzas, gritando con entusiasmo, y dando vivas á los reyes y mueras al mal gobierno usurpador. Era este el último día en que debía permanecer en la corte el conde-duque; procuró por la intercesión de su sobrino Haro que se le concediese alguna próroga, y la obtuvo con la expresa condición de que á la vuelta de S. M., que partiría el 21 para el Escorial y regresaría el 22, el conde-duque se habría ausentado de la corte. No obstante de esto, valiéndose la condesa-duquesa de todos los medios que tenía á su alcance, de toda su fingida humildad é hipocresía, para suspender por mas tiempo la salida de su esposo: pero todo fue en vano. El rey deseaba ver cumplidas exactamente sus órdenes.

Irritado Olivares contra doña Isabel á quien atribuía todas sus desgracias, ostentó, luego que pasó el rey al Escorial, la mayor autoridad en los consejos, las juntas y las audiencias, y logró se enfriase mucho la general alegría, haciendo creer que no saldría de la corte, y que gozaba de la misma privanza y favoritismo que en otro tiempo; dándose tanta maña, obrando con tal acierto, que la reina llegó á creerlo también y escribió inmediatamente una sentida carta al rey, su esposo, manifestándole que la conducta del conde-duque de Olivares en público era mas bien de un valido que no teme á su rey, que de un desterrado por su orden. Regresó el soberano el 22 por la tarde; y apenas llegó á palacio, preguntó si había partido el conde-duque, y respondióle que no; entonces volviéndose á D. Luis de Haro le dijo con voz alterada por la cólera. «*Decid al conde-duque al instante, que si no ha marchado mañana á las once del día, he de hacer que en la misma mañana le corten la cabeza.*»

Estas palabras pronunciadas por el rey, causaron el efecto de una chispa eléctrica que se comunicó instantáneamente de uno en otro cuerpo, pues arrancaron un grito unánime de alegría á los grandes que rodeaban al soberano; y don Luis de Haro partió inmediatamente á hacer sabedor á su tío de la sentencia terrible que el rey acababa de pronunciar: oyóla el conde-duque con marcadas señales de abatimiento; y conociendo que todo había concluido para él donde en otro tiempo era el solo dueño y árbitro del destino de los pueblos, se dispuso á partir, empleando toda la noche en arreglar sus papeles y otros preparativos. Procuró en la mañana del siguiente día hablar á S. M.; mas no pudiendo conseguirlo, salió de Madrid á las nueve del día 23 de enero de 1645. Temeroso de lo que luego sucedió, si bien sin perjuicio de su persona, fingió salir en un carruaje que con su correspondiente comitiva dispuso á las puertas de palacio; pero mientras aquellos parecia es-

peraban al conde-duque, este se deslizó secretamente por las puertas de las cocinas de palacio, subió á un coche viejo tirado por cuatro mulas, y se puso en marcha. Los otros carruajes partieron poco después por la parte de la Piedad, y rodeándolos el pueblo, los acometió furiosamente, descargando sobre ellos un nublado de piedras tal, que hubo que mostrarle que no era conducido el conde-duque por aquellas carrozas, porque á no hacerlo así hubieran destrozado cuanto á la vista se les ofrecía; pudiendo llegar felizmente el conde-duque á Loeches, entonces lugar de ochenta casas, donde la condesa de Olivares mandó edificar un convento de religiosas dominicas Recoletas.

De este modo finalizó entre general alegría el desdichado gobierno de D. Gaspar de Guzman, hijo de D. Enrique, conde de Olivares.

Fue desmedida la ambición de este privado, que á espensas del Erario llegó á ser poderosísimo. Obtuvo durante su ministerio: un privilegio para gozar encomiendas en todas las órdenes militares; teniendo solo la cruz de Alcántara, el empleo de Camarero mayor del Rey, el cual no le había desde el reinado del emperador Carlos V; el de Caballerizo mayor; el de canciller de Indias; el de sumiller de Corps y otros varios que le producian infinito. Sacó inmensos tesoros de las Indias, pues cuando partían los Galeones de Sevilla y Lisboa, hacia cargar cantidades exorbitantes de vino, aguardiente y trigo, procedentes de sus estados de Olivares; y como tenía los puertos francos, vendía estos géneros en Indias á precios muy subidos que le producian grandes sumas. En aquel país hacia emplear todo el dinero en joyas, drogas, cochinilla, y otros géneros que valiendo allí á bajo precio, se vendían en Europa con grandísima estimación. Compró á la ciudad de Sevilla la alcaidía de los alcázares; á la misma ciudad compró también la vara de alguacil mayor de la contratación; consiguió por merced de S. M. la villa de Sanlúcar de Barrameda, con título de duque y grandeza para su casa. Para la condesa su muger obtuvo la gracia de Camarera mayor de la Reina, y la de aya del Príncipe D. Carlos.

La suma de lo que importaba al año lo que percibía el conde-duque durante su privanza, es la siguiente:

Las encomiendas de las tres órdenes militares	488,000 ducados.
Por camarero mayor	18,000
Por caballerizo mayor	28,000
Por gran canciller de las Indias	48,000
Por sumiller de corps	12,000
Por un navío cargado para Indias	200,000
Por alcaide de los alcázares de Sevilla	40,000

MONASTERIO DE S. PEDRO DE CARDEÑA.

(Remitido).

Por alguacil mayor de la casa de	
contratacion	6.000
Por la villa de Sanlúcar	50.090
Gages de su muger por camarera	
mayor y aya	44.000
Total	488.000 ducados.

A pocos dias de la estancia del conde-duque en Loeches, pidió, y le fue concedido por S. M., permiso para pasar á la ciudad de Toro, donde debía permanecer hasta que se dispusiese otra cosa. En esta ciudad fue acometido por una enfermedad terrible que le acarreó la muerte, atribuyéndose como causa una carta que recibió del Rey, en que le decía entre otras cosas: *«En fin, conde, yo he de reinar y mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es esto muy fácil sino entrego vuestra cabeza á mis vasallos que á una voz la piden todos, y es preciso no disgustarlos mas.»* Al acabar la lectura de esta carta, el desdichado conde-duque, cediendo al peso de tanta desventura como el destino habia acumulado sobre su cabeza, prorumpió en amargo llanto; llanto tal vez de sincero arrepentimiento. Poder, prestigio, amistad, confianza, todo habia desaparecido para el conde: y esta idea terrible al verse separado del mundo, sumido en el dolor, y reclamada aun su abrumada cabeza por el justo resentimiento de los pueblos á quienes habia causado tantos males, no podía menos de hacerle estremecer. De todos modos, la justicia divina reclamaba una víctima como la reclamaba la de los hombres; la muerte esperaba su presa, y la víctima debía ser inmolada en expiacion de sus crímenes. Sin embargo la Providencia no quiso entregársela á los hombres, y permitió que exhalase el último aliento en su lecho, sí, pero entre el dolor y el arrepentimiento.

Nueve dias duró la enfermedad de este hombre memorable, siendo infructuosos cuantos medios se emplearon para salvarle; ni los facultativos de mas reputacion, ni los infinitos remedios que se le aplicaron, sirvieron en lo mas mínimo, y pagó su deuda con el Criador, entregándole el alma el dia 22 de julio de 1645, á las nueve en punto de la mañana.

Hízosele un entierro tal como correspondia á su elevada clase, pero nadie derramó una lágrima á su memoria; nadie fue á colocar una flor sobre su tumba!... porque segun decia el vulgo, era un hombre maldecido por Dios.

¡Terrible leccion para los privados que abusan, y para los soberanos que abandonan con debilidad su confianza, cargando en cierto modo con la responsabilidad de tan funestos dramas.

La de La y CORRADE.

Señores Redactores: en el número primero de su *Revista Literaria* consignaron Vds. los restos de venerable antigüedad subsistentes en el monasterio de Cardena, espero que se sirvan ampliar aquellas noticias sobre el artículo de cuadros y libros.

Cuadros. Existia en Cardena un cuadro, que representaba al Cid á caballo, no le faltaba buen colorido, pero era defectuoso el dibujo, mezquina y aun ridicula la expresion. El alma del Campeador distinguíase con tal cual valedia en una pintura en tabla, la cual pasaba por *Vera effigies*; si bien la historia de arte no permite recibirla por tal, debiendo ser de data muy posterior al fallecimiento del héroe. En almonedas de canónigos de esta santa iglesia metropolitana de Burgos, he visto dos copias en limpio sacadas por el acreditado profesor Kraus, que fué el segundo de la Academia de dibujo sostenida por el consulado de comercio de esta ciudad. Del mismo original es sacada la que puso el P. Florez en su *España Sagrada*.

Con motivo de la traslacion de las reliquias de los santos mártires de Cardena á la catedral de Burgos, fueron colocados en ella cuatro cuadros que representan la sangrienta escena, y fueron hechos por un religioso lego del mismo monasterio. Existian dos cuadros grandes mandados hacer en Roma sobre el mismo asunto. Por lo demas de los cuadros de Cardena, ninguno llamó de un modo especial la atencion de los inteligentes.

Manuscritos. La grande biblioteca de Cardena sobresalía por la copia de manuscritos que quedaban aun despues de las anstrucciones hechas con motivo de la guerra de la independencia; mas la indicacion hecha en la *Revista del Español*, núm. 1.^o, nos deja al menos un recuerdo para poder atisbar el paradero. Contabase entre ellos una obra de varios tomos en folio con el título *Alma Benedictina*, que formaba una biblioteca de los escritores de la Orden. Ademas, entre otras muchas obras se conservaban documentos curiosos, entre los cuales existia alguno de D. Alfonso Santa María, obispo de Burgos, relativo al Concilio de Basilea (1). Doloroso es ahora recordar que se nos escapa la ocasion de tomar apuntes estensos de aquellas riquezas literarias, tales cuales fuesen; pero continuaremos en este escrito lo que sacamos.

En primer lugar vimos y reconocimos brevuarios y misales pertenecientes al siglo XII y épocas anteriores, y en ellos pudimos notar la forma del canto llano sin llaves que pudiésemos conocer, y sin marcar el pentagrama.

2.^o *S. Hlephani de Virginitate perpetua S. Maria adversus tres infideles liber unicus.* Principia por un elogio del santo y razon de sus escritos igual al que se lee en la coleccion de padres toledanos del Sr. Lorenzana. El códice es antiguo, sin que la falta de hojas al fin nos permita reconocer su época, y ofrece la particularidad que el texto á trechos está interrumpido con antifonnas acompañadas de las notas para el canto.

Una antigüedad mucho mayor ofrece el códice de las de S. Isidoro, con la particularidad de tener al fin un capítulo mas de los impresos comunes.

La mayor parte de los manuscritos consistian en tra-

(1) Este señor obispo trajo de vuelta del Concilio el surtido de capas de color azul que se llevan en las procesiones de la Candelaria y Ramos.

bajos de varios monges, de los cuales conservamos las razones siguientes: Crónica de los antiguos condes y primeros reyes de Castilla, la mas cumplida (ó por mejor decir la primera) que en cuanto á los condes hasta ahora ha salido: trátase tambien de los reyes de Leon y Navarra, que ha habido desde la pérdida de España hasta la muerte del rey D. Alonso 6.º; tambien se pone la historia del rey Cid Diaz, muy averiguada y cierta, compuesta por el P. Fr. Juan de Arévalo predicador del monasterio de San Pedro de Cardena. Este escritor era natural de Almendral en Andalucía, y tomó el hábito en Cardena á 6 de mayo de 1594. Sirviese de sus trabajos el P. Berganza.

Chronologia monástica hasta el año 1747, en dos tomos recopilada por el P. predicador Fr. Mateo Romero Monge Benedictino del monasterio de Cardena. Contiene especies curiosas, entre ellas la del empeño que tuvo la Abadesa de Huelgas para confesar á sus súbditas.

De la maneda: cinco libros, su autor N. Geliani, traducidos del italiano por Fr. P. G. Archivero y Bibliotecario del real monasterio de San Pedro de Cardena, año 1778.

Polyntea Mariana: un tomo en 4.º que contiene textos en elogio de Nuestra Señora la Virgen Maria.

Antes de la exclaustracion vi el último códice que se escribió en pergamino, compuesto de leyendas de los Santos Padres, que un celoso Abad mandó formar para la lectura de los religiosos. Hízose ya en el reinado de los reyes Católicos, *farvante inquisitione*, cuya cláusula espresamos para que se vea la importancia que se daba al tribunal de la inquisicion, como que formase época.

Los manuscritos de la biblioteca de Cardena eran un monumento honorífico, que acreditaba que nunca faltaron en el monasterio religiosos dedicados á las letras. Entre ellos á fines del siglo pasado y principio del presente se cuenta al P. Maestro Nuñez, cuyos trabajos literarios desaparecieron con la exclaustracion: descubriense en ellos mucha lectura, y particularmente en las ciencias naturales, y génio filosófico.

Al presente reside en aquella casa el señor maestro Fr. Bernardo Subiana; definidor general de la orden, sugeto de mucha ilustracion eclesiástica y diplomática ó sea de documentos antiguos. Tenemos á la vista una refutacion crítica escrita por este padre del suplemento al Constitucional de Paria suscrito por el abate Laval sobre una lámina de cobre con la inscripcion de la sentencia pronunciada por Pilatos contra N. S. J. C., segun se insertó en la *Gaceta de Madrid* del martes 11 de junio de 1839. Sobre los asertos del Sr. Laval en el citado suplemento se lee una impugnacion en la *Gaceta de Madrid* de 6 de setiembre de 1839.

Burgos 15 de julio de 1845.

JUAN CORMINA.



POESIA.

FRAGMENTOS DE SCHILLER, CITADOS EN EL ARTICULO ANTERIOR.

Praderas deliciosas,
campos cubiertos de eternal verdura,
rico vergel, ¡A Dios! no mas mis huellas
se imprimirán en el frondoso césped
que esmaltan flores bellas.
Arbustos florecen; y vuestras ramas
del sol velen los rayos.
Tú, cristalina fuente,
que en nacaradas perlas das el prado
tan limpia corriente,
eco, voz misteriosa
de este tranquilo valle que misterias
canciones repetia,
un adios recibid que para siempre
os dirige doliente el alma mia.

Ovejas que en un tiempo
en pos de mí cruzabais la espesura
de la fragosa selva,
pased errantes sin pastor ni guia,
que en el sangriento campo del combate
otro rebaño el cielo me confia.

Que aquel, que del Oreb sobre la cumbre:
apareció á Moisés su faz mostrando
entre destellos de divina lumbré;
aquel que de David trocó el cayado
en un cetro real, y en los pastores
de su piedad derrama
los tesoros sin fin, hoy me conduce,
hoy con su voz el corazon me inflama.

Vé y en la tierra, dijo, testimonio
sé tú de mi grandeza;
cubra duro metal, bruñido acero
tus miembros delicados,
cierra tu corazon al liongero
dardo de amor impuro; nunca, nunca
tus sienes orlará nupcial corona
ni tierno niño en tu regazo blando
reposará feliz; mas de la gloria
los campos al cruzar, sobre tu frente
el laurel brillará de la victoria.

Cuando en la fiern Incha los mas fuertes
vacilen y la Francia
toque al término ya de su ruina
mi enseña elevarás; y cual abate
el segador las mieses
al vencedor altivo en el combate
hunuillará, volviendo
la rueda de su próspera fortuna;
será de salvacion tu brazo emblema
de Rheims para los hijos, y tú misma
á Cárlos contras la real diadema:

Dios este yelmo por señal me envia.
Nuevo, divino alicuto
presta á mi corazon, veloz me arrastra
como huracan violento
á la batalla horrrisona; los ecos
del bélico clamor los aires llenan,
el freno que le oprime
tasca el bridon y los clarines sueñan.

J. B. SANDOVAL.

A LA ESTÁTUA DE FELIPE IV.

Soberbio te encuentra la luz de la aurora
 Soberbio te encuentra, monarca español,
 la lumbre brillante que el cielo atesora
 y en flecos dorados derrama su sol.
 Soberbio te encuentra la tarde argentina
 que en mágicas tintas destaca el azul
 riquísimo esmalte de llama divina,
 bellísimas franjas de cándido tul.
 Soberbio te encuentra la noche callada
 que al aire despliega su manto real;
 soberbio te encuentra la luna velada
 con puros encajes y blanco ceidal.
 Galante la brisa murmura en su oído
 magníficos ecos de armónico son,
 cual arpa templada que el viento perdido
 temblando acaricia con vago tesón.
 Aromas exhala su inmenso florero
 de olores venditos precioso raudal,
 cual ancha columna que da el pebetero
 turbando las orlas del limpio fanal.
 Con hilos de plata salpica tus flores
 la fuente que riega tu ameno jardín,
 mintiendo en sus gotas suspiros de amores
 que allá en el espacio se extienden sin fin.
 E inquieto y alegre riendo á su sombra,
 un pueblo agitado y altivo se ve,
 cual negro hormiguero manchando la alfombra,
 que un sirio te ha puesto debajo del pie.
 Y allá en fontananza mármoreos varones
 callados circundan tu régia mansion,
 sin timbres, ni escudos, ni ricos blasones,
 sarcasmos del tiempo, del aire irrisión.
 Y ufano, altivo se eleva á tu espalda
 famoso palacio de pompa oriental,
 de tersos relieves teñidos de gualda
 y altísimos techos de claro cristal.
 Brioso domeñas, monarca la altura
 sentado en el lomo del fiero corcel,
 de estampa donosa y ardiente bravura,
 de cola rastrera y hermoso cairel.
 Bien hayan los hombres que así te pusieron
 al cielo amagando con bello ademan,
 y en medio del aire camino te abrieron
 dó ostentas gallardo tu forma galán;
 ¡Mas; Guay! ¿Qué te para, soberbio gigante?
 ¿Que lazo sujeta to negro bridon,
 que así sobre el pueblo que tienes delante
 los ojos enciendes cual fiero león?

¡Oh! no, no lo mires: el pueblo que al frente
 frenético danza matando el pesar,
 no es ya aquella España temida y valiente
 que un tiempo sarcara las ondas del mar.
 Hoy pobre y desnuda viviendo en la holganza
 no tiene laureles de gloria y virtud,
 que duerme sin sueños de alta esperanza
 cual roto y sin cuerdas doliente laúd.
 Hoy sola agotando mentidos placeres
 en zambra continua y algara infernal,
 en vez de varones abierda mujeres
 que traecan en sedas la cota y sayal.
 Mercado coloso de honor y fortuna
 de un siglo refleja su vil condición,
 cual radian los astros en ancha laguna
 que lame el cimientó de oscuro peñón.
 Chalanes sus hijos vendieron un día
 los grandes trofeos de gloria sin fin,
 y en medio el bullicio de estúpida orgia
 rodaron las heces del rico botín.
 Rompieron sus remos los raudos bajeles,
 tronchó su bandera la nube al pasar,
 y solo los restos de tantos joyeles
 aun flotan mudrosos encima del mar.
 España entre tanto doblando la frente
 se duerme en su lecho con necio desden;
 y hoy ya de su marcha triunfante y valiente
 ni marcas ni rastros ligeros se ven.
 ¡Menguada vergüenza por tanto abandono!
 ¡baldon degradante del pueblo español
 que rompe y destruye su mágico trono
 un tiempo mas alto que el trono del sol!...

Sus, ca, monarca, tu cetro en la mano,
 aplica la espuela del potro al hijar
 que envuelva sus remos, escape liviano
 cual rauda corbeta que cruza la mar.
 Y estampá en la frente del pueblo asustado
 tu cetro de hierro, tu insignia de rey,
 á ver si sacude su sueño pesado
 sintiendo en su oído la voz de la ley.
 Y luego que adquieras sus ricos florones
 y al viento despliegues tus bandas de tul,
 circunda los mundos de bravos leones
 en tanto sujetas la atmósfera azul.
 Di al sol en tu escape, "vasallo despierta"
 sigue de la aurora las huellas en pos,
 que el rey de Castilla se acerca á tu puerta
 y el amo de España la sombra es de Dios.

ANTONIO HURTADO.